

B

ARCELONA'92: CONCLUSIONES PROVISIONALES

Ante la celebración de los Juegos Olímpicos nos planteamos una valoración global de lo que ha significado la acción urbanística y arquitectónica de la administración municipal desde que la actual mayoría accedió al gobierno del Ayuntamiento en 1978.

Todo el mundo está de acuerdo en la importancia cuantitativa de esta acción. El número de operaciones de reordenación de espacios públicos, la cantidad de nuevos edificios de equipamiento, las acciones puestas en marcha para mejorar las infraestructuras de tráfico y servicios son, sin duda, el capítulo más importante de las realizaciones de una acción de gobierno ambiciosa e incisiva.

Tampoco es difícil obtener un consenso respecto a la originalidad de ciertas formas de actuación. La manera de actuar en la ciudad ha creado una experiencia con estilo específico, respondiendo a criterios, prioridades e incluso formas estéticas difícilmente parangonables a las que se han dado en estos años en otros centros metropolitanos.

La necesidad de llevar a término estas realizaciones —hoy puede comprobarse— no ha sido la celebración de las Olimpiadas. Tal vez éstas hayan sido una fuente extraordinaria de financiación, pero no deja de ser chocante que, desde el primer momento, la nominación primero y el objetivo de los acontecimientos olímpicos, más tarde, se hayan reconocido pública y explícitamente como un simple pretexto. Con una actitud bien típica del escéptico realismo catalán, cada vez que se ha hablado de las Olimpiadas y se ha destapado la caja de la ideología olímpica este discurso se ha visto acompañado de un guiño de complicidad en una suerte de doble lenguaje: las Olimpiadas duran quince días; lo que interesa es la transformación de la ciudad y de sus atrasos endémicos de cara a un futuro desafío europeo.

Pero ¿en qué ha consistido lo hecho hasta ahora y cuáles son las limitaciones de estas realizaciones?

La acción urbanística en la ciudad puede entenderse sobre dos ejes fundamentales. En primer lugar, una acción sobre el espacio público. En segundo lugar, un programa de equipamientos.

El primero se ha caracterizado por una original concepción microubanística. Desde Barcelona se ha puesto énfasis en la importancia de la acción puntual sobre un tejido urbano casi completamente colmado, en el que las acciones eran de remodelación más que de creación de nuevos espacios.

«Urbanismo intersticial», «reconstrucción de la ciudad», «urbanismo urbano», «metástasis urbanística», han sido algunos de los términos con los que se ha caracterizado un modo de operar más confiado y seguro en la pequeña escala que en el gran planeamiento; más convencido de la capacidad concreta del proyecto constructivo de una plaza o de un jardín que de las decisiones programáticas sobre vialidad, áreas verdes o renovación urbana.

Esta experiencia, cuya metodología en las áreas históricas

de la ciudad se basaba en la idea de que la actuación era siempre una soldadura, un recosido de fragmentos inacabados por la ausencia de una acción pública equiparable a la dinámica de la edificación privada, tuvo la originalidad de ser llevada también a la periferia, a las áreas de reciente edificación de la ciudad.

De este modo Barcelona, desde los centros a las periferias, ha puesto en marcha un programa de verdadera construcción de espacio público a partir de los residuos, de los intersticios y de los bordes inacabados, abandonados por el urbanismo desarrollista.

Ha sido, ciertamente, la respuesta crítica a las limitaciones evidentes del urbanismo del movimiento moderno. Pero ha sido también la acción, *a posteriori*, del sector público en una multitud de lugares a los que esta acción debía haber llegado, en teoría, en el mismo momento de su realización por la iniciativa privada.

De este modo de actuar debe decirse que ha sido especialmente eficaz e imaginativo, dándose una de las pocas respuestas al problema que las modernas periferias plantean en todas las grandes ciudades que sufrieron crecimientos salvajes en el *boom* de los años cincuenta y sesenta. La experiencia barcelonesa en este terreno ha producido un verdadero estilo de acción en el espacio público y, a pesar de que muchos de los proyectos han sido obra de arquitectos particulares, el resultado final ha sido un modo de hacer plazas, calles, avenidas, jardines y parques, con un inconfundible sello común.

Hoy ésta es una tarea empezada pero no acabada, en la que se detecta cierta fatiga y la pérdida de tensión creativa que puede acompañar a la repetición. Sólo una dosis de nueva experimentación y de nuevo riesgo puede dinamizar algo que todavía tiene un amplio campo de necesidades por delante. La ideología reciente, defensora de la discreción, del anonimato y de las acciones sólo de buena urbanidad, amenaza con vaciar de contenido cívico una acción que en muchos aspectos ha sido la más creativa de las realizadas por el municipio.

Por lo que respecta a los equipamientos, la actividad constructiva ha intentado promover indistintamente como objetivos olímpicos lo que era cierto sólo en parte. Evidentemente, eran necesarias las instalaciones para la celebración de los Juegos. Pero se ha puesto en marcha un amplio programa de equipamientos sociales y culturales no estrictamente dependientes del acontecimiento deportivo del 92.

La discutible decisión de centrar en la montaña de Montjuïc los grandes equipamientos deportivos no ha servido para resolver la compleja situación de este parque central de la ciudad, sino para agudizar la confusión respecto al destino de esta gran reserva de verde de la Gran Barcelona. Aparte del atractivo edificio de Arata Isozaki, desde el punto de vista arquitectónico las demás actuaciones se mueven en un discreto nivel de corrección. Pero lo que verdaderamente sigue siendo un conflicto cada vez más grave es el discutible intento de hacer coincidir en este lugar de máxima centralidad los grandes equipamientos deportivos, museográficos, el parque y la sede de la importantísima Feria de Barcelona. Los problemas de accesibilidad, de incompatibilidad de actividades y de dinámicas contrapuestas de cada uno de estos destinos no sólo hacen dudar del acierto de sobrecargar la montaña de Montjuïc con la Anilla Olímpica sino que plantean como ta-

199

rea inmediata unas políticas complejas y costosas para que los nuevos equipamientos sean fácil y constantemente utilizables y compatibles entre sí. Los conflictos ya han comenzado a ponerse de manifiesto. El futuro de la Feria debería ser la gran ocasión para una reordenación de las actividades del que ya es hoy el parque central de Barcelona.

Por lo que respecta a las demás áreas de instalaciones deportivas, es bien seguro que tanto en Horta como en la Diagonal se dinamiza el uso de espacios residuales. En el caso de Horta, gracias a una operación de urbanización tan modesta en sus recursos como brillante en los resultados. No hay duda de que, como operación de equipamiento, a pesar de su limitado volumen, los espacios deportivos y la ordenación de esta zona constituyen una de las más interesantes actuaciones del conjunto de obras olímpicas.

La actuación en el límite de la Diagonal con el vecino municipio de l'Hospitalet tendrá la virtud de abrir el entorno de esta vía fundamental para la ciudad a una permeabilidad de la que ahora carece. Es la versión menor y contrapuesta de la gran operación de apertura del eje de la Diagonal al mar, que se presenta, para este decenio, como uno de los grandes temas urbanos de la ciudad. Con el antecedente de la Villa Olímpica planteada como la construcción-reconstrucción de un fragmento de la malla Cerdà, la apertura de la Diagonal al mar plantea, al igual que la Villa Olímpica, dos cuestiones distintas pero íntimamente imbricadas.

La primera es la de la conexión de la ciudad con el frente marítimo. Se trata de uno de los grandes objetivos emblemáticos de escala ciudadana. En el caso de la Villa Olímpica éste es el mejor resultado de la operación: con una sencilla manera de articular el paso subterráneo de las grandes infraestructuras con la domesticación de la playa, la creación de parques y la aproximación de la edificación residencial al mar.

La segunda cuestión, a nuestro juicio mucho más problemática, es la de cómo debe ordenarse una importante área residencial de nueva planta con la memoria del trazado decimonónico de la malla Cerdà. En el caso de la Villa Olímpica se ha optado por el intento de compatibilizar la tradición de la ciudad del ochocientos de manzanas cerradas, ordenación regular, variedad arquitectónica, calles pasantes y homogéneas, con la tradición del movimiento moderno de bloques abiertos, variedad tipológica, homogeneidad constructiva, multiplicación pintoresquista de los puntos singulares.

Ciertamente, el mejor acierto de la edificación de la Villa Olímpica es no haberla pensado como tal sino como una futura parte de la ciudad, en un experimento de planeamiento y construcción *ex novo* de las máximas dimensiones imaginables en una ciudad que, teóricamente, ha agotado sus recursos de suelo edificable. Lo más desacertado, en cambio, será sin duda la confusión tipológica y la innecesaria diversificación de intervenciones.

Ante el reto de la apertura de la Diagonal, la experiencia de la Villa Olímpica tiene que servir para pensar con menos compromisos con el presente y con el pasado, otra de las grandes operaciones de gran escala en las que la forma de la residencia será decisiva para la forma final de un eje primordial de la ciudad. Para ello será necesario un cambio conceptual que sólo desde algunas jóvenes propuestas se puede entender como alternativo.

Por lo que respecta a los equipamientos no estrictamente

olímpicos, la mejor esperanza es que la mayoría están iniciados o bien definidos y que su realización queda claramente como un objetivo que seguirá siendo válido después de las Olimpíadas. Lo que algunos interpretarán como un fracaso —al no haberse concluido la mayoría de museos, auditorios, teatros, etc., para el verano del 92— será, casi con toda seguridad, una garantía de la ineludible necesidad de continuar una política que en absoluto puede sentirse ni completa ni satisfecha con lo concluido para la cita olímpica.

Ciertamente, la frontera del 92 es un límite que habrá que traspasar de modo no traumático. Nada más desastroso que la parálisis que podría sobrevenir después de los fastos que han puesto el nombre de Barcelona en las pantallas de televisión de todo el mundo. Es bueno que desde ahora se hable de los programas para el 93 o para toda la década, de modo que la importante acción realizada sea acicate de una autocrítica y de una prospectiva de futuro. Si analizamos lo realizado hasta hoy en la ciudad de Barcelona, no es difícil hacer un elenco de algunas grandes cuestiones que, en un cierto momento, se han dejado de lado en nombre de las urgencias inmediatas y de prioridades dictadas por el realismo.

De entre éstas quisiéramos destacar tres que constituyen tanto asuntos pendientes como exigencias cuya resolución ha de ser imprescindible en un futuro inmediato.

La primera es la política de rehabilitación de la ciudad histórica. Hoy por hoy éste ya es uno de los grandes compromisos en el que la administración municipal ha volcado recursos humanos y económicos importantes.

La presión de una ciudad de superficie limitada y de alta densidad, al igual que ha buscado expansión en áreas industriales obsoletas o en áreas residuales poco o mal urbanizadas, dirige ahora su apetencia hacia un lugar de privilegio. La centralidad del centro histórico puede ser un objetivo evidente para residencia privilegiada, actividad comercial y terciaria central. Pero un proceso de este tipo pasaría por un cambio radical en la condición de los habitantes y de las edificaciones. En principio, éste no es el objetivo de la política municipal, que se formula con intenciones sociales de higienización, rehabilitación y recuperación de un área integrada de actividad residencial y de actividad local. Se trata de objetivos difícilmente compatibles con la concurrencia de los intereses privados, con el aumento de las funciones centrales y con el aprovechamiento de los valores de centralidad como valor añadido a las operaciones en curso.

La recuperación de la ciudad histórica de Barcelona se produce después de un largo rosario de experiencias europeas en el mismo sentido. En muchas de ellas, las administraciones no han sido capaces de controlar la apetencia de las rentas de posición en favor de los habitantes de la zona.

Una política de acciones respetuosas con la arquitectura de este centro histórico, con su trazado, no de *sventramenti* a la vieja manera hausmaniana, debería reflejar una acción urbanística comprometida sobre todo con el carácter de residencia de las clases populares en la que se denomina, administrativamente, la Ciutat Vella.

Una segunda cuestión consiste en el desafío que en los próximos años plantearán los nuevos temas de arquitectura urbana, distintos de los de las famosas plazas y parques. Las necesidades de grandes infraestructuras ya han empezado a tener respuesta. Aeropuerto, puerto, cinturones periféricos, túneles, etc. En la mayoría de los casos, el nivel de la respues-

ta arquitectónica y paisajística no ha pasado de soluciones mediocres. La arquitectura barcelonesa no muestra, por el momento, una capacidad especialmente creativa en el diseño de artefactos de gran escala. Tampoco desde la ingeniería de las infraestructuras las aportaciones destacan más allá de la aplicación de fórmulas estandarizadas. Falta por completo un debate a este nivel. Ni los políticos, ni los ciudadanos, ni los propios arquitectos parecen demasiado sensibles al mismo. La formación de los profesionales arquitectos parece bastante impermeable a los problemas de esta magnitud. Las invitaciones a figuras internacionales no pueden ser la solución de operaciones en las que los objetivos de los grandes operadores no pueden maquillarse con nombres prestigiosos. La ausencia de ideas es la que hará de los «nudos» del segundo cinturón o de la plaza de las Glorias o de la plaza de España artefactos urbanos de dudosa validez. La cautela con que se lleva la operación Sagrera, por ejemplo, no es la mejor garantía para un imprescindible debate de objetivos y métodos. La arquitectura de las nuevas áreas urbanas no puede resolverse con fórmulas protegidas sólo por el nombre prestigioso de sus autores.

Por último, un problema político. Todo lo expuesto hasta aquí se refiere al municipio de Barcelona, un ente administrativo que controla menos de la mitad de la población de la Gran Barcelona, de su actividad y de un territorio que es realmente veinte veces mayor que el de la Barcelona estricta.

Cada vez más la ciudad de Barcelona tiende a expulsar fuera de sus límites administrativos sus problemas. El del tráfico, el de la residencia, el de la marginalidad social, el de las instalaciones industriales. La ciudad de Barcelona parecerá «liberarse» de muchos de los grandes asuntos que afectan a una gran metrópoli. Pero esta perspectiva es completamente falsa. Entre la ciudad de Barcelona y su área metropolitana no hay solución de continuidad. Lo que existe es sólo una separación ficticia en el plano administrativo y una voluntad política del Gobierno de Cataluña de mantener esta ficción.

La Barcelona de las grandes realizaciones, de las bellas remodelaciones, de las emblemáticas operaciones urbanas, se hace a costa de un *hinterland* especialmente mal dotado de políticas urbanas y de equipamientos adecuados, sobre el que cada vez más recaen los problemas que la ciudad central des-plaza más que resuelve.

El gran reto de los años noventa, aquel que, de no solucionarse, pagará más caro Barcelona y Cataluña entera, es el del salto de escala y de gestión, articulando políticas de la dimensión y alcance de una gran metrópoli en la que ya hoy convive más de la mitad de la población de Cataluña.

BARCELONA'92: PROVISIONAL CONCLUSIONS

Holding the Olympic Games in Barcelona offers an opportune moment for making an overall evaluation of what the urban and architectural performance of the municipal administration has meant since the present majority obtained control of the city council in 1978.

Everyone agrees on the quantitative importance of this performance. The number of operations of rearrangement of public spaces, the large number of new buildings for public facilities, the actions initiated to improve the infrastructure of traffic and services are, without doubt, the most important aspects of an ambitious and incisive local government programme.

Neither is it difficult to arrive at a consensus concerning the original nature of certain forms of intervention. The way of acting in the city has given rise to an experiment with a specific style of its own which responds to criteria, priorities and even aesthetic forms which can hardly be compared to those that have arisen in recent years in other metropolitan centres.

The need to carry out these projects can today be seen not to be attributable to the Olympic Games. The Games may well have been an extraordinary source of financing but it still remains surprising that, from the very beginning, first the nomination and then the objective of the Olympic events have been recognized publicly and explicitly as a simple pretext. With an attitude that is typical of sceptical Catalan realism, whenever mention has been made of the Olympics and the box of Olympic ideology has been opened, this discourse has been accompanied by a wink of complicity in a kind of double language: the Olympics last two weeks; what is really important is the transformation of the city and its endemic backwardness when confronted with a future European challenge.

But what does all that has been done so far consist of and what are the limitations of these achievements?

The action of town planning in the city can be understood on the basis of two fundamental axes. In the first place, action on public space; in the second, a programme of provision of urban facilities and services.

The first has been characterized by an original micro-planning conception. Barcelona has emphasized the importance of timely action on an urban fabric, almost totally filled in, in which the actions were those of remodelling rather than creation of new spaces.

«Interstitial urbanism», «reconstruction of the city», «urban urbanism», «town planning metastasis» have been some of the terms which have been used to characterize a way of operating that is more self-confident and assured on a small scale than with a broader-based plan; more convinced of the specific capability of the plan for the construction of a square or a garden than of programmatic decisions on highway administration, green zones or urban renovation.